



María Cano, en la conmemoración de los 130 años de su natalicio y los 50 años de su muerte

María Cano nació en Medellín en 1887, en el seno de una familia donde la educación y la cultura no eran solo un derecho de los hombres, sino también de las mujeres. Su padre, Rodolfo Cano, educador liberal y espiritista, la formó en la lectura y la escritura, y le abrió camino para relacionarse con el ambiente literario, político y social de la época, al que estuvo expuesta desde muy joven, y en el cual, especialmente en los años veinte del siglo pasado, jugó un papel protagónico no solo en las protestas sociales sino también en la fundación del Partido Socialista Revolucionario.

Las fechas que se conmemoran no pueden pasar desapercibidas para la revista *En Otras Palabras...* pues María Cano no solo fue abanderada de las causas obreras y sindicales, sino que, a través de su militancia, al igual que llamó a los hombres a reivindicar sus derechos, animó a las mujeres trabajadoras, vinculadas a la industria, a la manufactura y a las labores agrícolas, a participar activamente en esas luchas. Su militancia decidida, que la inicia ya entrada en la treintena, le permitió no solo salir a la plaza pública con su propia voz, sino transgredir el destino que le estaba signado por ser mujer y pertenecer a una clase media acomodada, de casarse, ser madre y consagrarse a la familia. Ella nunca se casó, ni

tuvo hijos, pero tuvo como amante a Ignacio Torres Giraldo, cofundador del PSR, y crió y educó a uno de sus hijos.

María Cano, antes de su incursión activa en la política tuvo un desempeño notorio en la literatura y de modo particular en la poesía, donde su cuerpo al igual que sucede con las grandes escritoras, se filtra en las palabras con su erotismo y afectos. Su presencia en la plaza pública, en medio de un paisaje masculino configurado por los hombres que manejaban la naciente izquierda colombiana, introdujo la diferencia con el tono de su voz, su modo de hablar y sus vestidos que resaltaban la belleza y elegancia que la caracterizaban y que, en algunas ocasiones, le merecieron el reproche de sus compañeros de partido.

Después de la Masacre de las Bananeras, ocurrida en Ciénaga, Magdalena, a finales de 1928, fue confinada a la cárcel y sometida a la crítica. Luego de su liberación, golpeada por las experiencias sufridas, su vida transcurrió entre la casa familiar, al lado de sus hermanas, la Imprenta y la Biblioteca departamental de Antioquia donde trabajaba. Su presencia y su voz entraron en las sombras y el silencio de un encierro voluntario que tan solo fue interrumpido por escasas apariciones y por su muerte en Medellín, en 1967.